

«El sentido común no es nada común»

Voltaire

NUNCA NOS FALTE EL SENTIDO COMÚN

P. Juan Pablo Roldán, CSsR

En una conferencia que escuché días atrás referida a la pandemia y al tiempo que estamos viviendo, me llamó poderosamente la atención que el expositor se despidiera de la siguiente manera: «*Nunca nos falte el sentido común*». Confieso, que desde aquel día no dejé de darme vueltas por la cabeza aquella expresión. ¿Por qué es necesario recuperarlo, convocarlo y fiarnos de él?

Todos -en alguna oportunidad- hemos escuchado la conocida frase: «el sentido común, es el menos común de los sentidos». En general, es un tema del que se habla muy poco en nuestras comunidades y en los distintos ámbitos de la sociedad. No se lo enseña ni estudia en ninguna universidad. Sin embargo, no podemos prescindir de él. El sentido común es como el sentido interior, la sabiduría interna, que nos ayuda a resolver satisfactoriamente los problemas y a afrontar mejor las dificultades, propias y ajenas. Lo bueno de este sentido es que no es egoísta, sino que busca entretener de manera armónica lazos dañados y reestablecer vínculos que se pudieron haber roto. En varias ocasiones nos ha salvado, provocándonos inmensas satisfacciones y concediéndonos mucha fecundidad en nuestras vidas. Por otro lado, cuando no nos hemos fiado de él, nos hemos alejado, perdido, desencontrado de nosotros mismos, del Señor y de los demás.

La gigantesca tarea que tenemos como hombres y mujeres consagrados, creyentes, es volver a recobrar el sentido común y no descuidarlo; escuchar la novedad que hoy tiene para susurrarnos al oído: que somos «vínculos» y que sin ellos no podremos dar respuestas a los desafíos que este tiempo nos plantea, menos aún, humanizar nuestras vidas, comunidades, institutos y nuestra sociedad. Esto, ya lo estamos viviendo. El confinamiento nos concede caer en la cuenta de la importancia de las relaciones; de acercarnos a aquellos que sentíamos distantes; de bregar por una convivencia pacífica, fraterna y más cordial. En definitiva, reconquistar el sentido común, nos ayuda a contemplar la vida en clave de 3 «D»: disfrutando, diciendo y donándonos.

Disfrutando. Pareciera ser que, si no nos encontramos haciendo grandes cosas, no disfrutamos. Ni hablar de adquirir pertenencias, logros y conquistas como posibilidades para ser felices. Se trata de recuperar la valoración de lo cotidiano en toda su dimensión: la alegría de las pequeñas cosas, los variados aprendizajes que a diario hacemos; y las distintas personas que el Señor va regalándonos en cada momento de nuestro camino. La capacidad de disfrutar,

nos ayuda a no pedirle a la vida ni a los demás, más de lo que ya nos dan; nos lleva a ser agradecidos, a desdramatizar y a descomprimir las tensiones inevitables que genera toda convivencia y roce, por el mero hecho de compartir. Una exquisita humanidad agradece cada detalle y alienta todo intento. Es hermoso convivir con personas agradecidas, es como si nos hicieran la vida más fácil y más llevadera.

Diciendo. El gerundio, en cada una de estas palabras no es ingenuo. Nos recuerda que la vida es un continuo devenir, un constante fluir, por lo tanto, un ininterrumpido aprendizaje. Por eso, hablamos de comunidades «en» formación, porque todos nosotros estamos en formación permanente. La capacidad que tengamos de decirnos las cosas, hará que nos construyamos o deconstruyamos, que edifiquemos o no, la comunidad. En muchos de nosotros, percibimos miedos a la hora de hablar. Nos revestimos de un falso respeto hacia el otro y nos llamamos al silencio, según nosotros, para no herir. La excusa perfecta que ponemos para no confrontar es: «no queremos dañar al hermano». De este modo, no hablamos, ni decimos aquello que tenemos que decir. Terrible situación que nos aleja del sentido común y de vivir la vida con más normalidad.

Dándonos. Menos mal que el pueblo de Dios nos ubica y nos recuerda la razón última de nuestra vida, el motivo por el cual nos consagramos: la entrega. Dice un dicho popular que «la misión empieza por casa». Sí, por los cercanos, por los que nos ven, nos miran y nos tratan todos los días. Nuestra *donación* comienza en el hogar, porque la misión se inicia allí. Por lo tanto, es el lugar por excelencia para expandir nuestra vocación misionera, para salir de nosotros: amando, perdonando, pidiendo perdón; donándonos sin aislarnos.

Que nunca nos falte el sentido común. Es nuestro deseo, también nuestra oración y nuestra plegaria. Que no nos falte nunca, para que siempre disfrutemos de la vida, digamos lo que tengamos que decir, y nos donemos, entreguemos, al estilo del Maestro.

En las bodas de Caná (cf. Jn 2,1-10), vemos que no ha faltado esta gracia. El sentido común acompañó tanto a Jesús, como a su madre María, a sus discípulos, a los novios y a los invitados; los ayudó a agradecer por el regalo de la alianza, a decir lo que había que hacer, y a donarse para que, finalmente, el agua se convirtiera en vino.

De este modo, cada vez que convoquemos y vivamos cada una de estas palabras, acontecerá la fiesta; enriqueceremos la vida, expandiremos la fraternidad y haremos más palpable el Reino.

